

ESTANISLAO POLIFAZ

Un hombre estadísticamente anormal

Escrito por Jordi Oller Vallejo (1960)

"¡Silencio, por favor!
¿Y si este amigo resultara ser... Dios?"

Roberto Browning

...Encima de la mesilla, enfrente mismo del sillón, se hallaba situado un pequeño magnetófono que, dadas las circunstancias, como si se tratara de un impersonal ejecutor testamentario, invitaba a la ineludible tentación de ser escuchado. Efectivamente, al margen de las dificultades legales en que podía incurrir, uno de los asombrados vecinos, cual improvisado Sherlock Holmes, pulsó torpemente el teclado del aparato, tanteando su funcionamiento. Ávido en desentrañar el misterio, ni siquiera se había dado cuenta de que estaba desconectado el cable de alimentación. Por fin, tras dubitativas manipulaciones, la cinta se puso en veraz movimiento para dejar oír lo en ella grabado. Se hizo el silencio. Todos los que habían entrado en la salita, vaciaron su mente para escuchar atentos lo que quería narrarles la cinta...

oooo

Estanislao -hablaba la cinta-, nuestro treintaañal protagonista, era un hombre estadísticamente anormal, una oveja descarriada del convencionalismo. Sus formas de vida, su manera de ser, sus peculiaridades, contrastaban chillonamente con las que habitualmente observamos en la mayoría de las personas; es decir, que no se trataba de anomalías normales, ¡no!, sino que eran de las que la gente suele llamar extravagancias, chifladuras o, la mayor parte de las veces, apelativos mucho peores, cargados de maléfica emoción. Preludio de su sin par carácter, para los todavía vírgenes en las rarezas de Estanislao, era, simplemente, el pasar por delante de su puerta, en el tercer piso del moderno edificio colmenar donde vivía.

Al terminar de subir el tramo de escalera, poner los pies en el descansillo y doblar para dirigirse al otro tramo, la monotonía que había precedido en los anteriores rellanos, mudaba en pintoresco contraste. Se ofrecía a la vista, en rebeldía con sus compañeras víctimas de la fabricación en serie, una suntuosa puerta ornamentada al estilo renacimiento. Al aproximarse, tres detalles de su fisonomía seducían la atención -boca abierta embobada-, mientras, al compás jadeante de la respiración, se descansaba de la fatiga causada por un inexistente ascensor. ¡Pobre maldecido ascensor!; menos mal que su ausencia, favorablemente, se escamoteaba compensada por el espectáculo.

En la parte superior de tan anacrónica puerta, coronándola, un bonito relieve esculpido en mármol estatuario, impecablemente blanco, representaba a un hombre con una paloma en el hombro, extendiendo los brazos a sus visitantes en señal de bienvenida. En el panel central, una artística estatuilla del Buda en meditación, tallada en marfil, adornaba una servicial aldaba. Era inevitable; la curiosidad inquiría sobre quien sería el original inquilino, pero pronto cedía su sitio a la perplejidad cuando lo averiguaba. Debajo mismo de la aldaba, el tercer detalle, un elegante rótulo, anunciaba: "Estanislao Polifaz. Actor en el Gran Teatro del Mundo. Se interpretan toda clase de papeles para particulares".

Sí, así, raro entre los raros, así era nuestro Estanislao o Stanislavski, como, recuerdo, le llamaban en el teatro experimental "La máscara", a cuyo cuadro de actores pertenecía, desde aquella ocasión en que interpretó no sé qué papel de aire moscovita, en una fracasada obra de un incipiente autor. Desde entonces, entre sarcástico y cariñoso, bautizado en la escena, le quedo el nuevo nombre de pila, pasando a engrosar el bagaje de jocosidad que le rodeaba. Da igual, Estanislao o Stanislavski, ello en nada afectaba a su reputación.

oooo

Sus vecinos recuerdan todavía, algunos con visible diversión, cuando fueron a visitarle -visita no precisamente de cortesía- Mosén Víctor, Doña Flora y un par de agentes de policía. El primero con la intención de exorcizarlo por las buenas, Doña Flora para testimoniar lo sucedido y los otros con el latente propósito de detenerle, si persistía en su actitud, bajo la acusación de provocar escándalo mediante prácticas inmorales.

Contaban de él en los coloquios vecinales, que tenía relaciones demoníacas y que, desde hacía cierto tiempo, comunicaba con espíritus malignos de una manera periódica. Día sí y día no, puntualmente a las nueve de la noche, se le podía escuchar lanzando una mezcla incoherente de gritos, llanto, cánticos, arrebatos de risa y de todo cuanto es posible manifestar por vía oral; sólo había que asomarse a las ventanas de los pisos próximos al suyo, situadas sobre el patio interior del edificio. Además, algunas veces, acompañaban a esta fantasmal e inarmónica melodía, los más variados ruidos que pueden producirse con objetos caseros, e incluso, algún entendido, daba fe de haber oído golpes que sólo podían corresponder a los clásicos "raps" de los vocabularios espiritistas. En realidad, todo esto no habría sido tan raro, a no ser porque Estanislao vivía completamente sólo y eran escasas las visitas que recibía en aquellas horas del día.

La vocinglera situación llegó al máximo cuando, en una de estas sesiones -por suerte no duraban más de diez minutos-, un jarrón chino salió despedido desde la ventana de su habitación con tan mal horóscopo que, atravesando el cielo abierto y entrando por la ventana simétrica del piso de enfrente, descalabró la cacatúa de moño amarillo de Doña Flora. ¡Precisamente de Doña Flora!; una de las principales chismeras en el asunto de Estanislao y sus tratos con el diablo.

La beata mujer, a juicio de muchos con más devoción fingida que otra cosa, profesaba gran cariño a la cacatúa debido a que, ésta, pasaba el día repitiendo la locución "Dominus tecúm"; y ahora, sin que hubiera todavía logrado éxito alguno, le estaba enseñando a parlotear la frase traducida, para que la entendiesen todos sus numerosos visitantes, visitantes a ¡quién sabe! qué tertulia.

Su desespero fue mayúsculo cuando, poco antes de morir la cacatúa, esta semiparlotéó, en un esfuerzo vivificador, el tan esperado "el Señor sea contigo" -por lo menos, esto es lo que ella quiso oír-. No vaciló más; demonista por excelencia, ella que además había visto a Estanislao, repetidas veces, a través de la ventana, gesticulando y haciendo muecas extrañas, amén de la ya consabida y habitual grotesca verborrea, despidió a sus contertulios de aquella noche y se encaminó agitadamente a buscar al párroco.

Al presentarse en el domicilio de Estanislao tan compleja comitiva: el párroco, la enlutada y vetusta Doña Flora con el cadáver de la cacatúa en las manos y los agentes del orden que se habían agregado ante la exaltación general del vecindario, éste, recibéndoles con afable pero, dada la situación, exasperante sonrisa, sintió mucho todo lo ocurrido e intentó explicar su comportamiento según el sentido común tradicional. Sus dificultades no fueron pocas. Por añadidura, para empeorar más las cosas, apareció luciendo -de natural con avanzada calvicie- una frondosa cabellera y un llamativo monóculo ochocentista. Todo ello, sazonado con cierto aire pedantesco, crispaba más, si cabe, el ánimo de sus visitantes.

A la par, en los descansillos de la escalera, se habían ido formando corrillos cuya algarabía aumentaba la difícil situación de Estanislao. Resultaban cómicos sus esfuerzos para oponerse a los deseos del, en el fondo, bien intencionado grupo. El párroco, Mosén Víctor, le insistía hasta el cansancio para que le acompañase a la iglesia de la feligresía, pues allí, decía, era seguro que el acoso diabólico del que era víctima, cesaría por completo. Doña Flora, que no paraba de señarse, quería aplicarle una serie de conjuros que había leído en un libro sobre magia blanca, y sólo la severa mirada del Sr. párroco, la hizo olvidar su empeño. Menos mal que, por fortuna para él, los agentes permanecían a la simple expectativa de los acontecimientos que se desarrollaban en su presencia, algo inhibida su autoridad ante la del eclesiástico y sin preocuparles, poco ni mucho, el asunto de los demonios.

Estanislao, pese a su habitual serenidad en enfrentar los obstáculos, vivía momentos de verdadero apuro, llegando, incluso, a tambalear su teatral flema.

-Se trata, únicamente, de mi ratito periódico de desahogo, de recreo -les dijo-. Igual que hacen todos los niños y de la misma manera que nosotros, de pequeños, hemos gritado, brincado..., ¡ya saben ustedes!, sin preocupación por ningún convencionalismo. Ahora, con los años, hemos perdido esta saludable descarga de energías, que sólo nos permitimos, muy de tarde en tarde, en los combates de lucha libre, en el fútbol o en las amigables jueguitas. Ahogamos constantemente nuestros impulsos, lo mismo buenos que malos, por miedo a los demás, y todo queda encarcelado dentro -se señaló en el pecho-, emponzoñando nuestra vida; y si hay miedo no hay amor. Es una lástima porque...

Tuvo que interrumpir aquí su florida explicación. Se había desinhibido el ánimo de los agentes de tal manera, que, a no ser porque Doña Flora, a instancias de Mosén Víctor, olvidó su interés en confirmar una denuncia, habríase visto conducido a la comisaría. Casi diríase que los agentes -visto por los ademanes-, eran los únicos que habían captado el sentido práctico de las justificaciones de Estanislao; justificaciones, desde luego, no del agrado de nadie.

Al final, calmada la tormenta tras no poca controversia, todo quedó -solución fácil- en la promesa de no volver a reincidir en lo sucedido; solución ésta, más adoptada por respeto a la honra familiar, en memoria del padre de Estanislao, que por méritos propios de su hijo.

Así fue -fidelidad no le faltaba-, nunca más volvió a oírse a Estanislao; si bien se cree y comenta, no obstante, que continuó con sus prácticas herméticamente encerrado en su habitación, ajeno al revuelo y a las críticas suscitadas entre el vecindario.

Quedó pues superada, de esta manera, la trascendencia del incidente, aparte, naturalmente, de sedimentar en un nuevo chisme que pasó a formar parte del surtido anecdotario sobre Estanislao, que circulaba por la vecindad. No así, por desgracia, se superó la trascendencia esotérica del suceso, ya que, desde entonces, parece ser que la anarquía de valores de nuestro Polifaz, fue en alarmante aumento; es decir, que... Pero veamos, remontémonos contra el devenir de la vida, hacia el origen de sus peregrinas rarezas.

oooo

La jocosidad que compenetraba la conducta de Estanislao, acompañándole doquiera como tragicómico halo, había comenzado, alrededor de sus veinte años, a raíz de la conferencia de un jefe "scout", en la cual, ignorante de las individualidades en que sembraba su semilla educativa, resaltaba el valor del teatro en pro del desarrollo y madurez del carácter. Fue entonces cuando entró a formar parte del cuadro escénico de "La máscara", pese a todo y contra todo, ya que en el prestigioso ambiente familiar, no era visto el asunto como cosa seria.

Estanislao, introvertido por temperamento y educado según cánones de un autoritarismo -no falto de intención amorosa- lindante en lo irracional, se sintió renacer desde la primera obra en la que tuvo oportunidad de intervenir. Interpretaba el papel de Don Luis Mejías, en el popular drama de Zorrilla.

Aquella noche, memorable para él, marchó a su casa con la perilla postiza -en forma de punta- que había llevado durante la representación pública. Sentía en sí la personalidad de Don Luis: ¡hasta tal extremo!, que, su actitud galante y retadora, estuvo a punto de costarle un sonado disgusto con un piropeador de mala catadura. Aparte, la acalorada discusión que sostuvo con su padre, al llegar a casa, airado este ante la inexplicable conducta de su hijo, y más al ver que, Estanislao, se mostraba -por las trazas- plenamente satisfecho con su nueva experiencia.

Éste, en realidad, fue el comienzo de todo. Escaso tiempo después, al morir su padre -juez de primera instancia y de instrucción-, huérfano ya de madre, abandonó sus estudios para abogado, y centró todo su interés en un modesto empleo de pasante de pluma -el cual le facilitaba lo indispensable para vivir- y en los experimentos cuya idea habían despertado sus actuaciones en el teatro. Su padre, muerto en buena hora antes de que las anomalías de Estanislao le robaran por sí solas el aliento vital, le había dejado una cuantiosa renta, que él, más hormiga que cigarra, ahorraba para tiempos peores, esperando, si llegaba el caso, poder abandonarse exclusivamente a sus investigaciones.

Dicho momento no tardó en llegar. Cada vez más, se fue absorbiendo plenamente en su dedicación teatral, entregándose totalmente, en cuerpo y alma, a los papeles que tenía que interpretar. Cada nueva obra en la que actuaba, representaba para él una tremenda labor de información, sin prejuicio alguno en cuanto a las fuentes de la misma.

Como exponente, bajo este amor a la fidelidad interpretativa, había logrado reunir una voluminosa biblioteca, en la que todo era posible hallarlo, por muy inverosímil que fuera el tema. Allí, los libros de astrología, los de alquimia, los sagrados del hinduismo y los de todo el extraño saber humano, convivían con unas "Confesiones" de San Agustín o un "Camino de Perfección" de Santa Teresa de Jesús, una historia de las civilizaciones etruscas, y hasta, además, con un manual del perfecto jardinero, un tratado de física nuclear y muchos otros de los más dispares argumentos, sin olvidar, por supuesto, una Biblia. Todo, religión, arte y ciencia, vivía en los estantes de la librería, en mudo silencio comunitario. Estanislao se manifestaba muy orgulloso de la armonía reinante en su biblioteca, pese a lo heterogéneo de su contenido.

Poco a poco, sus estudios e investigaciones teatrales, le fueron convirtiendo en un erudito del conocimiento humano, pero fue desde que actuó en una adaptación de la celebre novela "El Dr. Jeckyll y Mr. Hide", cuando, como deslizante bola de nieve, abocó a sus teorías sobre la múltiple personalidad no patológica, las cuales provocarían en lo sucesivo, los más risueños comentarios.

Estimulado por la transformación de la personalidad bondadosa en la diabólica, bebiendo una poción -fenómeno logrado novelísticamente por el Dr. Jeckyll-, y absorto, durante largo tiempo, en gruesos volúmenes, fue conducido, hoja tras hoja de libros y libros, hasta la psiquiatría, hasta la histeria en sus reacciones disociativas de doble o múltiple personalidad. No estaba conforme. Su experiencia como actor y no sé que libro que había leído -algo de ciencias ocultas-, le decía que era posible lograr estos estados de una manera normal, consciente y a propia voluntad. De ahí, sin detenerse mucho en las consecuencias, pasó a la experimentación.

Estaban ensayando "El mercader de Venecia". Su papel era el de Shylock, el famoso usurero. Estudió, moviéndose entre las más diversas fuentes culturales, todos los pormenores técnicos de la usura, las características morfopsicológicas del personaje, el costumbrismo antiguo y moderno de los usureros, etc., lanzándose, con toda clase de detalles que pudo reunir, a la trascendente prueba.

Durante tres meses, ni más ni menos, estuvo viviendo Shylock reencarnado en Estanislao. El propio Shakespeare lo hubiera reconocido como tal, pero no así, reconocían a Estanislao, los que le habían tratado anteriormente, algunos de los cuales, incluso, se vieron beneficiados con su nueva personalidad, al prestarles dinero a interés. Hubiera seguido por más tiempo con su actuación, a no ser porque un amigo de su padre -compañero del juzgado-, vino a investigar sus actividades económicas, ya que se habían recibido quejas del selecto vecindario, la mayor parte, probablemente, de los propios deudores de Estanislao. El visitante estaba perplejo ante aquella persona sesentona, de pelo canoso y ligeramente encorvada, que, mirándole por encima de las gafas, le aseguraba ser Estanislao.

-Pero... ¿no es posible que tú seas Estanislao!- exclamaba desconcertado, sin salir de su asombro.

-¿Porqué no?- le contestó sin perder su aire de usurero-. Hace tiempo que no nos veíamos, y una persona puede cambiar mucho en poco tiempo. Antiguamente, los alquimistas buscaban la transmutación de los metales. Yo, hoy, he encontrado la forma de transmutar la personalidad, no sólo exteriormente con unos afeites y unos postizos, sino, que es lo más importante, he encontrado la transmutación del carácter gracias al poder de nuestras facultades internas.

-Bien, bien, todo lo que tú quieras- le replicó de mala gana, ya advertido de las excentricidades de Estanislao-. Como si quieres convertirte en Nerón. Mientras no me quemes el barrio, me da igual, y mientras dejes de practicar la usura, puedes continuar con tu bigote desarreglado y tu frotamiento de manos. ¡Ya tenía razón tu padre!

Como en realidad estaba ya algo cansado de la tacañería de Shylock, el incidente constituyó el momento oportuno para dejar su mezquina personalidad, si bien, a partir de entonces -animado por su nueva vivencia-, incrementó todavía más su actividad teatral, aplicándola totalmente a su vida cotidiana. Ser actor de "La máscara" ya no le bastaba. El arte escénico, tal como él lo vivía, era mucho más rico en posibilidades. Desde entonces, iba a ser "Actor en el Gran Teatro del Mundo".

No se acobardó. A pesar de las murmuraciones que le acosaban por todas partes, continuó incansablemente con sus experimentos de múltiple personalidad. Innumerables caracterizaciones, personaje tras personaje, desfilaron encarnadas en Estanislao, con la misma facilidad con que nos las encontramos en la vida. Desde un financiero ampuloso a un peón de albañil, desde el desventurado hasta el hombre brillante, y todo cuanto queráis imaginar -pues, hoy, sería difícil deslindar lo que verdaderamente hizo de lo que se le atribuye-, tomaron expresión en tan singular actor. Nunca mejor encontrado el artificioso apellido "Polifaz".

Además, para satisfacción suya, incluso llegaron a contratar sus servicios profesionales para actividades particulares, lo cual hizo que se decidiera en abarcar un mayor campo de acción, para dar salida a sus inquietudes. Me parece recordar que se trataba de una aristocrática y renombrada familia, la que, sin regatear en los medios, requirió sus servicios como mayordomo a la antigua usanza -con librea y todo-, para la puesta de largo de una de sus hijas. Naturalmente, Estanislao, raro entre los raros, aceptó complacido. El problema surgió después, cuando, entre la alta sociedad, se implantó la moda del mayordomo. ¡Pobre Estanislao! De no haberlo dejado, se habría visto comprado como figura decorativa de una de aquellas lujosas mansiones. Pues bien, ya tenemos a nuestro prolífico actor en la cumbre de su peculiar comportamiento.

oooo

Parece ser que fue entonces -es difícil saberlo- cuando, mientras estudiaba el próximo personaje a vivir en la realidad, relampagueó en su mente, catastróficamente, una escalofriante pregunta.

-Pero... ¡yo!, ¿quién soy yo en realidad?- gritó en urgente expresión interna.

Estaba atónito. Repasó mentalmente todas las personalidades que había interpretado, y vio -tal vez ceguera de su propia mente- que no era ninguna de ellas; y no tan sólo esto, sino que ni siquiera era aquel Estanislao que él recordaba de años atrás. Todo eran imágenes irreales a las que él había dado su realidad en un momento dado. Todo cuanto él tenía de real para los demás, era su propia marioneta, cuya actuación podía manejar a su antojo, gracias a multitud de hilos mentales que manipulaba casi desde fuera de sí mismo.

-¿Cómo puede ser esto?- seguía interrogándose, desconcertado-. Yo, en el fondo, me he vivido siempre igual. He cambiado de carácter de la misma manera que he cambiado de traje. He actuado como déspota, como cínico y como la bondad misma si el caso lo ha requerido, pero yo, en mi intimidad, nunca he dejado de permanecer yo...Sí... ¡yo!

¡Desdichado Estanislao! Silenciamos, acompañando su silencio. Había perdido el sentido de la propia personalidad, o, ¡quién sabe!, tal vez había encontrado el sentido auténtico. Aquí ya nos perdemos en indescriptibles estados internos. Locura, lucidez total, error o verdad, ¿quién podría decirlo? Sólo la vivencia auténtica de lo que pasó por dentro de Estanislao podría darnos la respuesta.

Lo cierto es que, coincidiendo con el cataclismo psicológico de Estanislao, ya no se le volvió a ver más en vida, aunque incluso entonces, una vez muerto, todavía se le quiso achacar la última rareza.

¡Precisamente, otra vez Doña Flora!, la del asunto de la cacatúa, apareció en la escena fúnebre de nuestro Estanislao.

La espantada mujer, todavía no repuesta de la pérdida del querido animal, aseguraba que Estanislao había tenido la desfachatez de penetrar furtivamente en su casa y pasearse tranquilamente por las habitaciones, sin que hubiera sido posible encarársele. Parece ser que, al entrar ella en una habitación, Estanislao se esfumaba para pasar a otra, como en divertido juego de escondite.

Pese a que nadie hizo mucho caso a Doña Flora, conociendo como se conocía el carácter de Estanislao, se tomó alguna precaución en cuanto a vigilancia, y he aquí que, al transcurrir una semana sin ver salir ni entrar a Estanislao de su propio domicilio, pero sí viéndolo Doña Flora en el suyo, se decidió forzar la puerta para salir de dudas. Un guasón insinuaba que Estanislao estaba interpretando el papel de fantasma, y ¡qué fantasma!

Los que entraron, todavía hoy no salen de su asombro. Estanislao, en actitud tranquila, casi beatífica, apareció sentado en un cómodo sillón. Nada en su rostro dejaba entrever violencia ni enfermedad alguna. Diríase que no había muerto, o, en todo caso, aquello no era sino una representación más de las suyas. Efectivamente, la representación era perfecta; estaba -si podemos emplear la expresión- realmente muerto.

Encima de la mesilla, enfrente mismo del sillón, se hallaba situado un pequeño magnetófono que, dadas las circunstancias, como si se tratara de un impersonal ejecutor testamentario, invitaba a la ineludible tentación de ser escuchado. Efectivamente, al margen de las dificultades legales en que podía incurrir, uno de los asombrados vecinos, cual improvisado Sherlock Holmes, pulsó torpemente el teclado del aparato, tanteando su funcionamiento. Ávido en desentrañar el misterio, ni siquiera se había dado cuenta de que estaba desconectado el cable de alimentación. Por fin, tras dubitativas manipulaciones, la cinta se puso en veraz movimiento para dejar oír lo en ella grabado. Se hizo el silencio. Todos los que habían entrado en la salita, vaciaron su mente para escuchar atentos lo que quería narrarles la cinta...

FIN